

de temple semejante; oponerle una objecion mediocre, una resistencia de apatia, de debilidad ó de malevolencia, no era sino hacerle saltar á la manera del torrente que se desborda y es cubre con su espuma, si le oponéis un obstáculo inesperado. De haber abrazado una de esas carreras civiles, donde no se logra nada sino persuadiendo á los hombres y ganándoles el afecto, á moderarse aspirara acaso, y á refrenar los impetus de su humor fogoso; pero lanzado á la carrera de la fuerza, esto es, á la de las armas, llevando la facultad su preta de descubrir al primer golpe de vista lo que se debia hacer para alcanzar el triunfo, del primer vuelo llegó á la dominacion de Italia, del segundo á la dominacion de la república francesa, del tercero á la dominacion de Europa. ¡Cómo extrañar entonces que esta naturaleza hecha por Dios tan pronta, hecha por la victoria mas todavía, se hiciera brusca, impetuosa, dominadora y absoluta en sus voluntades! Si fuera del campo de batalla se acomodaba á veces á las contemplaciones que exigen los negocios civiles, sin duda era en el seno del Consejo de Estado, y allí mismo zanjaba las cuestiones con una sagacidad y un aplomo de juicio que movian á asombro y avasallaban á sus oyentes, salvo algunos casos en que la insuficiencia de su saber ó quizá la pasion le extraviaban por un instante. Así lo mismo la naturaleza que los sucesos coadyuvaban á que este mortal figurara como el mas absoluto é impetuoso de los hombres. Con todo, siguiendo su historia, no se ve desplegada al golpe ni de plano esta naturaleza tan fogosamente dominadora. Seco, taciturno, triste hasta en sus mocedades, triste á causa de esa am-

bicion concentrada y que se devora hasta el momento en que estalla pujante y llega al término de sus deseos; poco á poco adquiere confianza en sí propio, como jóven se manifiesta arrojado á veces, y prosigue apático no obstante, luego, cuando la admiracion se empieza á mostrar en torno suyo, se hace más expansivo, más sereno, se pone á hablar y pierde su sequedad expresiva, y se dilata en suma. Cónsul vitalicio, emperador, vencedor de Marengo y de Austerlitz, no conteniéndose ya apenas, si bien conteniéndose todavía, en el apojío de su carácter aparece por entonces, y siendo aun poco abultado de vientre, se le ve resplandecer con regular y varonil belleza. Muy pronto, al ver que se someten los pueblos, y se humillan los soberanos, ya ni con los hombres ni con la naturaleza cuenta para nada. Se atreve á todo, se lanza á todo, lo dice todo, y se hace alegre y familiar é intemperante de lenguaje, y física y moralmente se ensancha por completo, y se le abulta el vientre de un modo excesivo, sin disminuir su olimpica belleza, pues sobre un rostro anchuroso conserva una mirada de fuego, y si descende de las alturas, donde hay costumbre de verle, de admirarle, de temerle, de aborrecerle, para mostrarse risueño, familiar, y hasta vulgar en ocasiones, de golpe se vuelve á remontar despues de descender un instante, sabiendo así deponer su ascendiente, sin comprometerle ni por asomo; y por fin, cuando se le creia menos activo y osado porque al parecer le pesa su cuerpo ó le deja de sonreír la fortuna, más impetuoso que nunca se arroja sobre su caballo de batalla, demostrando que para su alma ardiente no tiene peso la materia, ni abatimiento el infortunio.

Tal fué esta naturaleza extraordinaria en sus desarrollos sucesivos. Ahora se resiente de tarea más árdua juzgar á Napoleon bajo el aspecto de las dotes morales, porque es difícil ir á descubrir la bondad en un soldado siempre ocupado en sembrar la tierra de muertos, la amistad en un hombre que nunca tuvo iguales alrededor suyo, la probidad, finalmente, en un potentado que figuraba como dueño de las riquezas del globo. Sin embargo, por mucho que excediera este mortal de las reglas comunes, no es imposible notar aquí y allí ciertos rasgos de su moral fisonomía.

Su carácter esencial era la prontitud en todo. Se arrebatava á menudo, bien que se reponia con facilidad portentosa, casi avergonzado y aun riéndose de su arrebató, si lo podia hacer sin desdoro, y volviendo á llamar al punto, y halagando con el ademán ó con la palabra al oficial á quien habia afligido con los impetus de su enojo. Tambien á veces sus iras eran fingidas y destinadas á intimidar á los subalternos infieles á sus deberes. No duraban mas que el relámpago cuando eran sinceras, cuando eran fingidas se prolongaban lo que requeria el caso. Tan luego como cesaba de mandar y de estar en la necesidad de contener ó de excitar á los hombres, se le veia afable, sencillo, equitativo, con la equidad de un entendimiento superior que conoce á la humanidad, y avalora sus flaquezas, y las perdona por saber que son inevitables. En Santa Elena, despojado de todo prestigio, no pudiendo ya nada por nadie, no teniendo más ascendiente que el de su talento y su carácter sobre sus compañeros de desgracia, Napoleon no cesó de dominarlos de una manera absoluta, y se captó su afecto con

una bondad inalterable, hasta el extremo de que tras de haberle temido la mayor parte de su vida, le amaron al cabo lo restante. Sobre los campos de batalla se habia hecho de una insensibilidad tal que bien se puede calificar de espantosa, hasta el punto de ver cubierta la tierra con cien mil cadáveres sin emocion alguna, pues nunca el génio de la guerra llevó á tanto la efusión de sangre humana. Pero esta insensibilidad era cosa de profesion ó de oficio, si cabe expresarse de tal modo. Con efecto, á menudo tras de llenar un campo de batalla de todos los horrores de la guerra, Napoleon recorríale por la noche, para cuidar personalmente de que se recogieran los heridos, lo cual podia muy bien ser un cálculo tan solo, mas no lo era de seguro, cuando á veces se echaba abajo del caballo para ver por sí mismo si un muerto aparente no era un ser próximo á volver á la vida. Al descubrir en Wagram á un jóven gallardo, vestido con la armadura de los coraceros, tendido en tierra, con el rostro casi cubierto por un surco de sangre, se apeaba de prisa del caballo, y levantaba la cabeza del herido, y la apoyaba sobre sus rodillas, y reanimando la vida ya próxima á extinguirse con darle á oler espíritusos muy activos, dijo con la sonrisa en los labios: — *Volverá en sí y se salvará uno más.* — Fijamente no son estos los impulsos de un alma implacable.

Ordenado hasta la avaricia, disputando un céntimo á los responsables de cualquiera suma, millones distribuía á sus sertidores, á sus amigos y á los menesterosos. Si descubria que alguno de sus antiguos compañeros de Egipto, distinguido sábio, se hallaba en escaseces, no habiéndole dicho nada,

le enviaba una cantidad de monta, no sin lamentarse del secreto guardado sobre su falta de recursos. Agotadas en 1843 todas sus economías, y sabiendo que una señora de alta alcurnia y antes opulenta, casi había venido á punto de carecer de lo necesario, la enviaba de su bolsillo particular una pensión de 24,000 francos (equivalentes á 50,000 hoy sin duda), y enterado posteriormente de que ya tenía ochenta años, se le oyó decir al punto.— ¡Pobrecilla! Que se le den cuatro años anticipados.— Rasgos de esta especie no revelan un alma sin bondad de ningún modo.

Teniendo cortos instantes que dedicar á los afectos privados, y aun dificultándolo mucho por causa de la distancia á que se había colocado de los demás hombres, no obstante se ligaba á fuerza de tiempo, y se ligaba estrechamente, hasta el extremo de ser indulgentísimo y casi débil para aquellos á quienes cobraba cariño. Así, irritado á menudo con sus deudos á causa de sus aspiraciones, y mostrándose á la sazón duro, no podía soportar su aire triston de ninguna manera, y por verlos contentos ejecutaba á veces lo que tenía por malo. No sintiendo hacia la emperatriz Josefina más que una afición desvanecida con el tiempo, ni más que una estimación mermada á causa de muchas ligerezas, profunda ternura conservóla hasta después de su divorcio. Algunas lágrimas consagró á Duroc de igual modo, aunque ocultándolas como una flaqueza.

En cuanto á probidad no se sabe cómo echarla de ver en un hombre, que apenas llegado al mando dispuso de riquezas enormes. Ascendido á general en jefe del ejército de Italia, dueño de los teso-

ros de comarca tan rica, ante todo puso á su ejército en la abundancia, luego envió al ejército del Rin con qué salir de la miseria, sin tomar para sí más á lo sumo, que el coste de una pequeña casa en la calle de la Victoria, al cual pudiera atender con una anualidad de su sueldo, y si hubiese muerto en Egipto, á su viuda dejara sin fortuna. ¿Acaso era esto orgullo de alma, desden á los goces vulgares ú honradez en suma? Probablemente había de todo en esta especie de abstinencia, que no fué sin ejemplo entre los generales franceses, aunque lo mismo que siempre no era común entonces. A la falta de probidad perseguía con encarnizamiento inexorable, lo cual provenía del espíritu de orden que aplicaba á todas las cosas; pero aun se aproximaba más á la probidad verdadera su afición á la probidad misma, siempre que la veía de manifiesto, su verdadero amor á los hombres de bien llevado hasta el punto de complacerse en su compañía, y á testificárselo con vivacidad extremada.

Sin embargo, este hombre á quien Dios hizo tan bueno, tras de hacerle tan grande, lo que es de virtud carecía por completo, pues la virtud consiste en trazarse del deber una idea absoluta á que avasallar todas sus inclinaciones, á que sacrificar todos sus apetitos físicos ó morales, y no podía ser este el caso de la naturaleza menos contenida que hubo nunca. Pero si no tuvo lo que se denomina virtud en el grado mas leve, sí poseyó ciertas virtudes propias de su estado, y con especialidad las pertenecientes al guerrero y al gobernante. Sóbriera por extremo, casi nada concedía á las satisfacciones de los sentidos; sin ser casto, jamás se le sorprendió en un grosero libertinaje; salvo en las

comidas de ceremonia solo permanecía cortos instantes á la mesa; dormía sobre duro; con un cuerpo mas débil que fuerte, sin echarlo de ver aguantaba fatigas á las cuales sucumbieran los soldados más robustos, capaz se hacia de todo cuando sentia su alma excitada por la prosecucion de cosas grandes, á más llegaba que á arrostrar el peligro, pues no le hacia caso alguno, y sin buscarlo ni evitarlo de ningun modo, se hallaba en todas partes donde su presencia era necesaria para ver, dirigir y mandar en suma. Si tal era su carácter como soldado, no era menos extraordinario como general en jefe. Nunca se sobrellevaron con más sangre fria, ni vigor, ni presencia de espíritu, las ansiedades de un inmenso mando. Si algunas veces se mostraba descompuesto y hasta iracundo, *todo iba bien* entonces, como solian decir los oficiales habituados á su temple. Cuando parecia sério el peligro, se tornaba reposado, atable, animoso, no queriendo añadir á la perturbacion emanada de las circunstancias la que resultara de sus arrebatos, y se mostraba con serenidad perfecta, á causa de la costumbre de dominarse en las situaciones graves, de calcular la trascendencia de los peligros, de hallar el medio de salir de ellos, y de dominar así á la fortuna. Nacido para las grandes extremidades, y con una costumbre sin par á ellas, cuando por culpa de su ambicion se hallaba colocado en situaciones horrosas, se le veia, por ejemplo, asistir en 1314 al suicidio de su grandeza propia con increíble sangre fria, aun esperando á tiempo en que ya no esperaba nadie, porque descubria recursos donde nadie sospechaba que hubiesen quedado todavia, y de todos modos en alas de su

genio elevándose sobre todas las situaciones que se le podian venir encima, con la resignacion de un espíritu que se hace justicia, y acepta el pago debido á sus culpas.

Tal fué este mortal extraño tan diverso y tan múltiple en nuestro concepto. Si entre los principales rasgos de su caracter se puede fijar uno de mayor bulto que todos, sin duda es la intemperancia, la intemperancia moral por supuesto. Prodigio de genio y de posicion lanzado en medio del caos de una revolucion, allí se despliega y se desarrolla y la domina de plano, y se substituye á ella, y cobra su energia, su audacia, su incontinencia. Sucediendo á gentes que nose han parado en nada, ni en la virtud ni en el crimen, ni en el heroismo ni en la crueldad, rodeado de hombres que nada han negado á sus pasiones, tampoco niega nada á las suyas. Una república universal han querido hacer del mundo, y por sí quiere hacer una monarquía universal de igual modo; ellos han creado un caos, y por sí aspira á crear una unidad casi tiránica; ellos todo lo han desarreglado, y por sí trata de arreglarlo todo; ellos han matado sobre el cadalso, y por sí mismo mata sobre el campo de batalla, aunque ocultando la sangre bajo la gloria; por sí inmola mas hombres que los conquistadores asiáticos inmolaron nunca, y sobre las restrictas tierras de Europa, cubiertas de poblaciones resistentes, mayor espacio recorre que recorrieron los Tamerlanes y los Gengiskanés por los inmensos vacíos del Asia.

Por consiguiente la intemperancia fué el rasgo principal de su carrera. De aquí resulta que este capitán profundo, este legislador sabio, este admi-

nistrador consumado, fuera el político más loco, de no haber existido Alejandro. Si la política no fuera más que cuestión de talento, fijamente no le faltara para superar á los hombres de Estado más sutiles; pero la política es mas bien cuestión de carácter que de talento, y Napoleon flaquea por este lado. ¡Ah, cuando todavía mozo, antes de avasallar al mundo, se halla obligado y se resigna á contar con los obstáculos, tan astuto y tan fino y tan paciente se muestra como el primero! Descendiendo en el año de 1796 á Italia, y necesitando captarse la voluntad de las poblaciones con su débil tropa, se le ve proteger á los sacerdotes y tratar á los príncipes con miramientos, sin importarle cuanto los republicanos de París digan de su conducta. Trasladado á Oriente, y teniendo que temer la antipatía musulmana, á los jeques árabes procura atraerse á toda costa, les hace esperar su conversión al islamismo, sin importarle cuanto los devotos de París digan de tal designio, y así logra adherirlos por completo. Posteriormente aplicado á una obra muy distinta, la del Concordato, con admirable mezcla de habilidad y de energía se afana por vencer las preocupaciones de Roma, y las preocupaciones de los filósofos no de menor bulto. Cuanto necesitó de destreza, de arte, de constancia y de fuerza en tal coyuntura, ya lo expusimos en su lugar propio, y de forma de patentizar que bajo el aspecto de genio político no le faltó nada. Pero entonces no era el amo, y se refrenaba todavía. Luego que se vió omnipotente, ya no se fué á la mano, y de político no le quedó sino la menor parte, el talento; lo que es el carácter habia desaparecido del todo.

No obstante, añadamos para su excusa que, si alguna vez la política está fuera de sazón acaso, en una revolución es á todas luces. Política no es más que respeto y lento desarrollo de lo pasado; por el contrario, revolución es ruptura completa y súbita con lo pasado mismo. Efectivamente, la verdadera política es obra de las generaciones, transmitiéndose un designio, yendo á su consecución con perseverancia, con paciencia, con mansedumbre si es necesario, no dando hácia el fin mas que un paso cada siglo ó dos á lo sumo, y no aspirando jamás á llegar de un salto: tal es la obra de Enrique IV proyectando, despues de contener á los partidos, el abatimiento de las casas de España y de Austria unidas por el doble vínculo de la sangre y de la ambición, transmitiendo este gran designio á Richelieu, que á su turno lo transmite á Mazarino, por quien es transmitido á Luis XIV, el cual lo prosigue perseverante, hasta que elevando á todo riesgo sobre el trono de España á su nieto, por siempre separa á España de Austria: tal es en Prusia la obra del gran elector, dando principio á la importancia militar de su nación, seguida primero por el elector Federico III que toma la corona, luego por Federico Guillermo I, que para sostener este nuevo título de su familia se aplica á crear un ejército y un tesoro, y finalmente de Federico el Grande, que llegada la suprema hora de la crisis, juntando la audacia á la amplitud de los designios, tras de un desafío de veinte años con Europa, funda la grandeza de Prusia, y de un pequeño electorado hace una de las más importantes monarquías del continente.

No debe, pues, mover á maravilla que no fuera

un político Napoleón, despota á la par que revolucionario, porque, si se mostró político admirable por un momento, al reconciliar á Francia con la Iglesia, con la Europa y consigo misma, peor fué que un mal político al indisponerse de seguida con Inglaterra, al romper la paz de Amiens, al ensayar la monarquía universal despues del triunfo de Austerlitz, al emprender la guerra de España á que en Moscov aspiró á dar remate, al desechar la paz de Praga, pues ofrecia al mundo el triste espectáculo del genio descendido á la situacion de un pobre insensato. Pero fuerza es reconocer que no era él solo, sino la revolucion francesa la que deliraba en su persona, en su vasto genio.

Y sin embargo, este mal político fué un legislador eminente, un administrador cumplido, y uno de los capitanes más insignes que han aparecido sobre la tierra; y consiste en que bajo estos diversos aspectos, en lugar de ser un obstáculo fué una ocasion y un medio el torbellino revolucionario. Menester es por tanto que le estudiemos bajo los diversos conceptos de legislador, de administrador y de capitán, para dar cima á nuestra tarea.

La verdadera escuela en que Napoleón se formó como organizador fue la de la guerra, y no hay otra mejor, ni más fuerte, ni más práctica á todas luces. Para el verdadero capitán calcular perfectamente sus movimientos generales, y combatir bien una vez llegado al terreno, solo es la mitad de su arte; la otra mitad consiste en preparar bien sus recursos, esto es, reclutar, instruir, equipar, armar á sus soldados en medio de los movimientos incesantes y rapidísimos de la guerra; y ambas son de tanta importancia que no cabe determinar cual

la tiene más grande. En suma, organizar y combatir, tales son las dos partes de su arte para los verdaderos hombres de guerra. Todo lo que saben hacer los demás, y por desgracia constituyen la mayoría, se reduce á recibir los ejércitos de sus gobiernos, á emplearlos tales como llegan bajo su mando, y algunas veces á lamentarse de su estado sin pensar en mejorarlo de ninguna manera. No lo hizo así el joven Bonaparte.

Trasponiendo los Apeninos con soldados valientes, si bien muertos de hambre, su primer cuidado fué echar mano de un modo discreto, íntegro y económico á las riquezas de Italia, impedir que fueran presa de la rapiña, y emplearlas en hacer vivir á su ejército en la abundancia, y en sacar de la miseria al ejército del Rhin, que debia cooperar á sus designios. Traslado á Egipto, donde los recursos descuidados abundaban tanto como en Italia, allí supo cubrir todas las necesidades de los soldados, aliviando al pais, que se vió libre de las incursiones de los árabes y de las exacciones de los mamelucos. No pudiendo recibir ningun material de la madre patria, en unos cuantos meses fabricó pólvora, fusiles, cañones, paños, y por fin todo aquello de que carecia en tan lejana comarca. Una de las calamidades de Egipto era la de las incursiones de los beduinos, cayendo improvisadamente sobre las tierras cultivadas, saqueando, y huyendo acto continuo y por decirlo así al vuelo. Como viese pasar cierto dia una caravana, la detuvo por un instante; sobre un camello hizo subir á uno, dos y tres infantes, con sus provisiones y sus cartuchos, y hecho así, dijo de este modo:—*Ahora ya somos señores del desierto.*—Al dia si-

guiente creó el regimiento de los dromedarios, que llevaba á todas distancias y con la misma celeridad de los beduinos á algunos centenares de infantes muy probados, y que corrigió á las tribus árabes de su afición á la rapina, á lo menos por todo el tiempo que los franceses permanecieron en Egipto. Así una ojeada dirigida sobre las cosas bastaba á su genio organizador para penetrar lo que había que hacer al golpe, y para ponerlo por obra de un modo rápido y seguro.

Ascendido al gobierno de Francia, donde halló un verdadero caos, aun comprendió más la necesidad de introducir allí el orden, la calma y la prosperidad que en Egipto y en Italia.

Dotarla con una constitucion fué lo que le ocupó menos. Los amigos de la libertad, y en su número figuramos nosotros, acusan á Napoleon por no habérsela dado á Francia. Aun participando de sus sentimientos, nos parecen inducidos á engaño. Con efecto, bajo el aspecto político no podía ser Napoleon un organizador definitivo, pues la forma del gobierno aun había de variar allí muchas veces bajo el viento de las revoluciones, y ora inclinándose al poder cuando acababa de sufrir las agitaciones de la libertad, ora inclinándose á la libertad cuando acababa de sufrir los excesos del poder, Francia por espacio de tres cuartos de siglo ha andado flotante entre el despotismo y la anarquía, á semejanza de una péndola deplorablemente puesta en movimiento, sin parar nunca, y sin que todavía se sepa en qué forma había de hacer alto, si bien observando á fondo la marcha de las cosas, motivos hay para afirmar que no será en la del despotismo. De consiguiente, bajo el aspecto poli-

tico no podía ser el legislador de Francia, pero lo podía ser bajo todos los demás y lo fué en efecto.

Tras de los desórdenes de la revolucion francesa, no era la política de la libertad, sino la política de la reparacion la que se derivaba de las circunstancias. Despues de la bancarrota, de las requisiciones, de las confiscaciones, de los encarcelamientos, de las ejecuciones sangrientas, se quería orden en la Hacienda, respeto para las personas y las propiedades, ejércitos victoriosos y no obligados á la rapina para su sustento, reposo y seguridad en suma. Animado Napoleon del espíritu reparador se hallaba de consiguiente en su papel y segun requerian las necesidades públicas por entonces. Poniendo la mano en todo á la par con actividad sorprendente, primero rehizo la legislación civil y criminal y la administracion toda. Al decir que rehizo la legislación no damos á entender que inventó el código civil por ejemplo. Pretender inventar en este punto equivaldria á pretender inventar la sociedad humana, que no es de ayer, sino tan antigua como la aparición del hombre sobre nuestro globo. Leyes civiles había en Francia, unas tomadas del derecho romano, tales como las referentes á los contratos entre los hombres, y que no podrían variar de país en país, y de siglo en siglo, otras tomadas de las costumbres nacionales, y modificables esencialmente á tenor de las costumbres mismas, tales como todas las que presiden á la organizacion de la familia, á las condiciones del matrimonio, á las sucesiones, etc. Respecto de las primeras solo había necesidad de reproducirlas en estilo claro, conciso y exento de las ambigüedades que dan margen á pleitos. Modifica-

das debían ser las segundas á tenor de los principios de la igualdad verdadera que no quiere que los hombres sean iguales en fortuna, en riquezas, en honores, hasta cuando son desiguales en talentos y en virtudes, sino que quiere que todos se hallen sometidos á las mismas leyes, sujetos á las mismas obligaciones, castigados con las mismas penas, pagados con los mismos galardones, que los hijos de un padre mismo tengan parte igual en su herencia, salvo la facultad de mejorar á los más dignos, sin desheredar á aquellos á quienes no ama tanto. Sobre todos estos puntos, á la manera que sobre casi todos, la revolución francesa había oscilado de uno á otro extremo, según los impulsos á que estaba entregada. Así convenia detenerse en el punto justo, entre las tendencias retrógradas y las tendencias peligrosamente innovadoras en materia de matrimonio, de herencia, de testamento, etc. Napoleón no tenia más instrucción que la que es posible adquirir en una buena escuela militar; pero en medio de las verdades de 1789 había nacido, y si estas verdades se pueden desconocer antes de que sean reveladas, una vez conocidas son la luz á cuyo resplandor se ve todo. Haciendo que Mr. Portalis y Cambacéres y con particularidad Tronchet le instruyeran cada día sobre la materia de que se iba á tratar al siguiente en el Consejo de Estado, en ella pensaba durante veinte y cuatro horas, luego á la discusión daba atento oído, y despues con su soberano buen seso fijaba atinadamente el punto donde habia que pararse entre el orden antiguo y el orden nuevo, y además con su aplicación prepotente obligaba á trabajar á todos. Así contribuyó de dos maneras decisivas á

la formación de los códigos franceses, determinando el punto de innovación é impulsando la obra hasta darle cima. Antes de Napoleón se había acometido esta obra, y siempre cediendo al viento del día, se daba en exageraciones, que muy luego movian á sonrojo ó á pesadumbre, y luego quedaba la obra nuevamente abandonada. Napoleón cogió este buque varado junto á la orilla, lo puso á flote, y despues empujó al puerto. Este buque es el código civil francés, y nadie puede negar que este código es el del moderno mundo civilizado. Para un jóven militar es á todas luces una brillante y pura gloria la de haber merecido enlazar su nombre á la organización civil de la sociedad moderna, y también es una espléndida gloria para Francia, en cuyo seno consumada fué la tal obra. Con efecto cabrá afirmar que, si Inglaterra tuvo el mérito de producir la mejor forma política de los Estados modernos, Francia ha tenido el de dar con el código civil la mejor forma del estado social sin duda alguna. ¡Excelente y noble distribución de gloria entre las dos naciones más civilizadas del globo!

Mientras Napoleón se ocupaba en la legislación civil de este modo, también á la administración aplicaba su mano expeditiva y creadora. Hallando la administración de las provincias en el mismo estado que los demás ramos del gobierno, de igual suerte que respecto de la legislación civil allí dió su parte á las nociones de lo pasado, y prescindió de las exageraciones presentes, y con sacar de aquí y de allá lo verdadero creó la administración moderna. La pasada habia producido estados provinciales administrándose por sí propios, y gozando de una extensión casi completa de poderes respecto

de los intereses locales. Con tal de que á la parte del Estado se asegurara el cobro de las contribuciones, la corona dejaba á las provincias manejarse á sus anchas, ora por respeto á los antiguos tratados de incorporacion al reino, ora por el sentimiento confuso de que, no dando la menor libertad al centro, se debia dejar muy extensa á las extremidades. Asi la corona en punto á los intereses generales se atribuia el poder todo, y á las provincias dejaba el arreglo de sus asuntos locales. Este convenio tácito debia caer ante el gran fenómeno de la revolucion francesa. Ni era justo que relativamente á los grandes destinos del país lo pudiera todo la corona, ni tampoco que las provincias lo pudieran todo relativamente á los asuntos locales, pues los destinos del país se debian ajustar á la voluntad del país mismo, y á su examen se debian someter los intereses de provincia. Aquellas riquezas, de que las provincias disponen al ordenar sus gastos; forman parte de la riqueza general, que no deben disipar abusivamente: aquellos reglamentos que los ayuntamientos establecen para sí en punto á la industria, á los mercados, á la índole de los impuestos, constituyen parte de la legislación social, que no les debe ser lícito establecer á tenor de sus miras particulares.

El gran fenómeno de la unidad moderna debia consistir en que al renunciar la corona á hacerlo todo por sí en punto á los negocios generales, tambien las provincias renunciaran á intervenir solas en sus asuntos locales; en que por decirlo así se penetrasen mutuamente, y se confundieran en una unidad poderosa y dirigida por la inteligencia comun de la nacion. De consiguiente en el centro

del Estado debia existir un gefe del poder ejecutivo, rodeado de los principales ciudadanos de Francia para los asuntos generales, y gefes de administracion debian existir en los departamentos, rodeados de los ciudadanos notables de la localidad para los asuntos particulares, si bien sometidos para los asuntos del gobierno á su autoridad, y para los del departamento á su vigilancia. De aqui resultaron el prefecto y el consejo de departamento. Si las circunstancias hubiesen permitido al Primer Cónsul ser consecuente con los principios sentados, sin duda debiera hacer los consejos de departamento electivos. Pero inmediatamente despues de las horrosas convulsiones, por donde se acababa de cruzar entonces, entre los hombres furibundos de 1793 odiosos al país, y los grandes propietarios vueltos de la emigracion por aquellos dias, la eleccion fuera imposible, ó á lo menos presentara graves inconvenientes. Asi reservó el nombramiento, y eligió hombres juiciosos y moderados, que pudiesen administrar de una manera tolerable. Esta era una consecuencia de su dictadura, que debia ser pasajera y desaparecer con su persona. No obstante el principio estaba sentado, y consistia en la existencia de un prefecto administrando con la cortapisa de un consejo, destinado á ser electivo cuando las terribles discordias se hubieran aplacado lo bastante.

Pero necesario era ejercer esta vigilancia del Estado para la extension de los gastos, el sistema de las contribuciones y la índole de los reglamentos, y no se podía delegar sin garantía al poder ejecutivo, representante del Estado. Napoleon sirvió de una institucion, que Sieyès le habia su-

ministrado, tomándola de la antigua monarquía. Entre otros asuntos de que se ocupaba anteriormente, el Consejo Real elevaba consultas sobre los que emanaban de las relaciones del Estado con las provincias. Bajo el nuevo régimen se habían estrechado estas relaciones, y naturalmente debían incumbir al Consejo de Estado, sin proceder teóricamente, bien que sirviéndose de lo que tenía á la mano para el logro de sus designios. Napoleón hizo depositario al Consejo de Estado de esta especie de superior vigilancia, que constituye esencialmente lo que se denomina centralización. Que-riendo que los presupuestos municipales y provinciales fueran examinados por el Estado; que estuviesen en armonía con los principios de 1789 sus reglamentos; que un ayuntamiento no pudiese restablecer las veedurías, ni otro imponer contribuciones contrarias á las doctrinas modernas; que hubiese un árbitro para los conflictos entre unos y otros, al Consejo de Estado fió estas diversas cuestiones, presidiéndole personalmente con una asiduidad y una aplicación infatigables. Sin este regulador la centralización francesa hubiera venido á ser el más intolerable despotismo. Pero consejo de prudencia, si se trata de los gastos municipales, moderador si se trata de dejar pleitear á unos ayuntamientos contra otros, legislador en fin si se trata de los reglamentos de estas corporaciones, el Consejo de Estado es un regulador ilustrado, firme, harto independiente á pesar de ser nombrado por el poder ejecutivo, porque en el ejercicio de sus funciones adquiere un espíritu administrativo que prevalece sobre el espíritu de servilismo, y que, bajo todos los sistemas, tras de un instante de

docilidad al nuevo gobierno, se repone casi involuntariamente, y torna á parecer como es de suyo, á la manera que las ramas de los vegetales vigorosos vuelven á tomar su dirección después de un momentáneo tropiezo.

Presidiendo asiduamente este Consejo de Estado cuando no se hallaba en la guerra, y presidiéndole siete ú ocho horas seguidas, con raras fuerzas de aplicación y rectitud de buen sentido, y un respeto siempre deferido á la opinión ajena en las materias especiales, ora decidiendo sobre los hechos, ora ideando ó modificando á tenor de la necesidad las leyes administrativas francesas, creando así á la par la legislación y la jurisprudencia, realmente vino á ser autor de esa administración firme, activa, íntegra, que hace de la contabilidad de Francia la más clara entre todas las conocidas, y de su poder el más disponible de toda Europa; de esa administración que, cuando deliran los gobiernos bajo la influencia de las revoluciones, se mantiene con cabal juicio, y percibe los impuestos, los hace ingresar en caja muy ordenadamente, los aplica con puntualidad á los gastos, y todos los negocios del país los sigue al corriente de una manera sensata é invariable, y alista los soldados y los instruye y los sujeta á la disciplina, y provee á los gastos de las ciudades, de las provincias, sin que nada esté en peligro, y mantiene á Francia de pie cuando vacila su cabeza, y da la idea de un buque movido por el poder de la mecánica moderna, que aun en medio de la borrasca marchara á rumbo con una tripulación inactiva ó aterrada.

Así la guerra había hecho de Napoleón un mal político á causa de figurar como irresistible, pero

en cambio tambien habia hecho uno de los mayores organizadores que hayan aparecido sobre el mundo, y en esto como en todo fué doble producto de la naturaleza y de los sucesos. Nos falta considerarle bajo su principal aspecto, el del genio militar, que le ha valido, no su gloria más pura, pero sí la más esplendente.

Para determinar el puesto que le corresponde ocupar entre los grandes capitanes de todos los tiempos, habria que trazar en cierto modo la historia de ese arte poderoso, que crea y engrandece y defiende los imperios, y que reposa á semejanza del arte de regirlos sobre un rarísimo conjunto de dotes de entendimiento y de carácter. Desgraciadamente está por escribir la tal historia. Maquiavelo, Montesquieu, Federico, Napoleon delinearon aquí y allá algunos rasgos; pero considerada en su todo, entrelazada con el progreso de las ciencias, las revoluciones de los imperios, la marcha del espíritu humano, por escribir se halla aun esta historia, y así ofrece gran dificultad señalar el puesto respectivo de los grandes capitanes. Sin embargo en la historia del arte militar hay algunos principales lineamientos, que absorben la mente apenas se fijan allí los ojos, y con cuyo auxilio es lícito bosquejar la marcha de las cosas, y fijar algunos puntos principales, que la posteridad no ha cambiado en la diversidad de sus juicios.

Lo que se denomina comunmente la gran guerra no ha aparecido con frecuencia en el mundo, por necesitarse á la par grandes naciones, grandes sucesos y grandes hombres. No constituye su carácter únicamente la importancia de los trastornos, pues entonces cabria decir que la gran

guerra fué practicada por los conquistadores de Asia. Se necesita de ciencia y del genio de las combinaciones, lo cual implica que al vencedor se han opuesto vigorosas y hábiles resistencias. Así, aun cuando Alejandro en su época mudó la faz del universo civilizado, tal fué la estupidéz asiática sobre la cual hubo de alcanzar el triunfo, que apenas cabe decir que practicara la gran guerra. La combinacion tan admirada por Montesquieu y consistente en no meterse en el corazón del Asia hasta despues de conquistar el litoral de Siria, de tal modo estaba exigida por la falta de marina que los últimos oficiales del ejército macedónico eran de la opinion propia, y que por parte de Alejandro fué un acto de instinto más bien que un destello de genio. Las tres batallas á que debió la conquista del Asia fueron actos de temerario heroismo, siempre decididas por la caballería, que Alejandro mandaba en persona, y que, echándose encima de masas confusas de jinetes tan cobardes como poco diestros, les daba la señal de la fuga, invariablemente seguida por la infantería persa. Verdaderamente á los persas venció la disciplina de los macedonios, si bien conducidos á inmensas distancias por la inspirada osadía de Alejandro.

Ni Anibal, ni César pelearon de este modo. Aquí fué á todas luces heroismo contra heroismo, ciencia contra ciencia, grandes hombres contra grandes hombres. Con todo, á pesar del vigor de su carácter y de la audacia mezclada de cordura de sus empresas, César dejó ver en sus movimientos cierto embarazo, resultante de las costumbres militares de entonces, y de que solo Anibal pare-

ció eximirse del todo. Con efecto, haciendo la guerra en países salvajes, y pensando en ponerse á resguardo del impetu ciego de los bárbaros de continuo, los romanos acampaban con sumo arte, y llegados de noche á un terreno siempre elegido con su muy ejercitado golpe de vista, se establecían allí por espacio de algunas horas dentro de una verdadera plaza fuerte, construida con empalizadas, rodeada de foso y casi inexpugnable. Bajo el aspecto de los campamentos, nadie los ha superado ni igualado siquiera, y según Napoleón lo ha hecho notar con su sagacidad incomparable, no se ha debido pensar en tal cosa ni por asomo, pues ante la artillería moderna un campamento de tal especie no se mantendría dos horas. Pero de este cuidado en acampar todas las noches provenía una gran timidez en los movimientos, una singular lentitud en los resultados, y las batallas, que, al ensangrentar los campos, disminuyen los horrores de las guerras porque hacen su duración mas corta, solo eran posibles cuando las querían los dos contrarios. Si uno de los dos se negaba á la batalla, la guerra se podía prolongar indefinidamente, ó venir á parar en un asedio, atacando regularmente ó de súbito el campo enemigo. Así á César, el mas audaz de los generales romanos, se le vé moverse en las Galias á sus anchas delante del impetu ignorante de los galos, ó inducirlos al combate siempre que le viene á cuento, por ser muy fácil de tentar su ciega bravura; y se le vé cambiar de método en España y en el Epiro, cuando también tiene que habérselas con romanos, y agostarse á las márgenes del Segre en combinaciones ingeniosas, para arrancar á Afranio de su campa-

mento, no determinándose á tal partido hasta después de reducirle al hambre, y después de obligarle á cambiar la posición de sus tropas, no poner término á la campaña, sino tras de reducirle al hambre de nuevo. Sobre el Epiro en Dirraquio á causa de su campamento se habia hecho invulnerable para Pompeyo, como Pompeyo para César á causa del suyo. Luego, no sabiendo como poner fin á aquella guerra interminable, se le vé internarse en Macedonia para atraer allí á Pompeyo, á quien atrajo efectivamente, y aun allí ante la inexpugnabilidad del campo romano no le fuera dado descargar el golpe sobre su enemigo, si por efecto de apoderarse de la nobleza romana la impaciencia de acabar pronto, no bajara Pompeyo á las llanuras de Farsalia, donde á César fué dado el imperio del mundo por la superioridad de las legiones de las Galias.

Sin duda hay aquí habilísimas combinaciones y á menudo muy atrevidas para obligar á la pelea al enemigo que no quiere venir á las manos, pero no es esta la gran guerra con toda la libertad y la extensión y la puntualidad en los movimientos, tal cual en nuestro siglo la hemos visto decidir en algunos días gigantes luchas que anteriormente duraran años. Solo un hombre presenta en los tiempos antiguos tal holgura y seguridad en los movimientos, y es Anibal á todas luces, y así cabe decir que en la antigüedad no tiene rival como hombre de vigor y de arrojo y de fecundidad y fortuna en las combinaciones. Esta era la opinión de Napoleón, juez supremo en tales materias, y así bien se puede adoptar como propia. Durante la edad media nada ofrece el arte mi-

litar que atraiga y merezca la atención de la posteridad. Inmensos espectáculos tiene la política á la vista, donde la sangre corre á torrentes, donde el corazón humano suelta la rienda á las pasiones, donde siempre hay cobardes y héroes, crímenes y virtudes; pero otro Aníbal y otro César se buscarían sin ningún fruto. No solo desaparece la gran guerra, sino la guerra misma. Con su ciego arrojo se precipita la barbarie sobre la decrepita civilización romana, poseedora de un saber que ya no animan las virtudes guerreras; y cuando, tras de haber destruido el imperio romano, empujándose á semejanza de las olas del mar inundan innumerables hordas bárbaras el mundo civilizado, aquí y allá se encuentran hombres de empuje como Clodoveo y los Pipinos, mandando á la par que esgrimen el hacha de armas con sus manos, hasta se halla en Carlomagno un incomparable jefe de imperio, mas no un gran capitán digno de tal nombre. Durante esta edad de la fuerza individual hasta la poesía, única historia de entonces, se reviste á la forma de las cosas, y celebra á los paladines guerreado á caballo por Cristo contra los sarracenos guerreado á caballo por Mahoma. La edad es de la caballería, y este nombre indica sobradamente su indole propia, á saber el hombre á caballo, vestido de hierro, y combatiendo espada en mano según la medida de su fuerza física y de su destreza. Sin embargo semejante estado de cosas iba á cambiar muy pronto, merced á los progresos de la sociedad europea. Creando el comercio y la industria en las ciudades una población numerosa, acomodada, á la cual la necesidad de la defensa debía hacer valiente, de esta suerte hicieron nacer

el soldado de á pie y por consiguiente la infantería. Defendiéndose los suizos en sus montañas, los vecinos de las ciudades italianas y alemanas dentro de sus muros, los de las ciudades holandesas detrás de sus diques, así constituyeron el arma de infantería y le dieron una importancia, que se acrecentó más y más con el tiempo. Al mismo fenómeno contribuyó un gran descubrimiento, debido de igual modo al progreso de la sociedad europea, el de las materias explosibles. Ante los proyectiles disparados por la pólvora vino la coraza á ser cosa, no solo de irrisión sino hasta de peligro. Desde entonces el hombre se debía presentar al descubierto de todo, desembarazado del peso inútil de un vestido de hierro, y la fuerza física debía ceder el puesto á la inteligencia y al valor reflexivo. Por la misma razón de súbito hubieron de cambiar de forma y de aspecto las ciudades, que antes presentaban salientes y amenazadores sus muros. Así hundiéronlos en tierra para que estuvieran todo lo posible á cubierto de los cañonazos; en lugar de altas y redondas torres, se rodearon de baluartes de poca altura, rectos y angulosos de frente, para que el cañon los protegiera en su perfil todo, y así vióse nacer la sábia fortificación moderna.

Esta revolución comenzada en Italia, se comenzó y perfeccionó contra Felipe II en Holanda, y á la sazón tres grandes hombres, los Nassaus, se produjeron en el mundo. Entonces volvió á aparecer el verdadero arte de la guerra, tímido todavía y embarazado en sus movimientos, sin tener de los caracteres de la época de Aníbal y de la de César ya nada. En torno de las plazas de Holanda cu-

biertas de diques, y rodeadas de baluartes dispuestos sabiamente, se estableció la guerra y quedó como encadenada. Ponerse delante de una plaza, embestirla, guardarse por medio de líneas de contravalacion de las salidas de los sitiados, por medio de líneas de circunvalacion de los ataques de los ejércitos de socorro, asegurarse allí las provisiones, mientras que por su parte el enemigo aspiraba á cortar los viveres á los sitiadores ó á distraerles de su empresa, para socorrer así la plaza, tal fué en suma toda la ciencia de los capitanes. Allí no se veian grandes movimientos, ni batallas decisivas, sino al revés muchos ardidés para interceptar convoyes ó distraer al sitiador de su objeto, hasta el punto de que en la carrera de los Nassaus, desde el año de 1579 hasta el de 1648, esto es, desde la proclamacion hasta el reconocimiento de la independencia holandesa, á lo sumo hubo cinco ó seis batallas dignas de este nombre, y un centenar de sitios entre grandes y chicos. Durante esta guerra de asedios, que llena las dos terceras partes de un siglo, los holandeses, á quien el mar quedaba expedito, se revestian de paciencia porque estaban seguros y ganaban con que pagar á sus soldados, y con esta paciencia daban ayuda y aun creaban el teson de los Nassaus tan justamente celebrado.

Por esta época la creacion de la infantería (efecto y causa á la par de la independencia de las naciones), comenzada por la lucha de los suizos contra las casas de Austria y de Borgoña, proseguida por la lucha de las ciudades holandesas contra España, un nuevo desarrollo adquiria en la lucha del protestantismo contra el catolicismo. Durante

la guerra llamada de Treinta años, un héroe tan justamente popular como Gustavo Adolfo dió tras los Nassaus el mayor impulso al arte militar de la edad moderna. Rey de un pais pobre, si bien robusto y valeroso, teniéndose que defender contra un pretendiente, su primo, rey de Polonia, y por tanto rey de una nacion á caballo, su fuerza buscaba en la infantería, y á organizarla bien aplicaba toda su atencion y toda su inteligencia. Esta infantería era una especie de falange macedónica tan compacta como profunda, defendiéndose con picas extremadamente largas, y llevando á su frente y á sus alas algunos hombres armados de mortueros. Poco manejables eran estas masas, y Gustavo Adolfo aplicóse con todo el esmero de un verdadero instructor de infantería á entremezclar del mejor modo posible los piqueros y los fusileros, á hacer que desapareciera la armadura como inútil ante las balas de cañon de todo punto, y á dar así mayor movilidad á los ejércitos y á multiplicar y hacer mas ligera la artillería. Aunque estuvo muy lejos de completar el triunfo de la infantería, solo por haber logrado que hiciera un notable progreso tal arma, al fin venció el rey de Polonia, solo fuerte en caballería, le obligó á renunciar á sus pretensiones á la corona de Suecia, y reponiendo al llamamiento de los protestantes, vencidos por Tilly y Wallenstein, bajó á Alemania, hácia donde le impulsaban á la par una fé sincera y el amor de la gloria. Digno es de nota, pues demuestra la lentitud de los progresos de lo que se denomina la gran guerra, que este héroe, uno de los mortales mas valientes enviados por Dios al mundo, se mostró en sus movimientos con una timidez extremada.

Alumno de los Nassaus anduvo girando en torno de las plazas, jamás quiso abandonar las orillas del Báltico hasta que hubo conquistado las fortalezas del Oder por completo, y de resultas de no prestarle el elector de Sajonia á Wittenberg, á fin de pasar con plena seguridad el Elba, á su vista dejó que Tilly se apoderara de Magdeburgo, é hiciera de esta ciudad sin ventura una ejecucion espantosa, que por toda Europa resonó entonces y dió margen á que se dudara del carácter del héroe sueco. No obstante, llamado á voz en grito por los sajones, sin poder resistir á sus instancias, habiendo experimentado muchas veces el valor de su infantería, al cabo aceptó en las llanuras de Leipsick contra Tilly un primer encuentro, y ganó una batalla que puso á sus pies la casa de Austria, y cuando Oxenskiern, menos audaz que su monarca, le aconsejaba marchar sobre Viena, para terminar allí la guerra, se fué primero á ostentar en Francfort el triunfo, y despues á pasar un año en medio de Baviera en inciertas marchas, y á perder algunos meses en cubrir á Nuremberg contra Wallenstein, hasta seguirle por fin á Lutzen, en cuya célebre llanura dió casi á pesar suyo y ganó la segunda gran batalla de su carrera heroica, donde murió á semejanza de Epaminondas en el seno de la victoria. Ciertamente Gustavo Adolfo es uno de los personajes mas cumplidos de la humanidad por la altura de la bizarría, la nobleza de los sentimientos, y la extension y el buen tino de la mente, y se incurria en un error enorme, si á su timidez personal se atribuyeran la timidez y la incertidumbre de sus movimientos. No era Gustavo Adolfo el tímido, sino el arte. Pero muy luego iba el arte á

variar de sistema: una nueva revolucion se habia de operar en tres actos, consumándose en Francia con Condé, Turena y Vauban el primero, con Federico en Prusia el segundo, y nuevamente en Francia con Napoleon el tercero. Asi para mayor gloria de Francia, á esta revolucion de trascendencia debia dar principio y remate.

Reducido el arte de la guerra, segun se ha visto, á girar en torno de una plaza para apoderarse de ella ó llevarla socorro, se parecia á un pájaro sujeto por un lazo á la tierra, sin posibilidad de andar y menos de volar hácia su objeto, esto es, al punto decisivo de la guerra. Gustavo Adolfo habia aprendido de los Nassaus, y los franceses aprendieron primeramente de Gustavo Adolfo. Muchos de sus oficiales, y particularmente el bizarro Gassion, se habian formado en su escuela, y sus lecciones trajeron á Francia, cuando el genio de Richelieu empeñaba á los franceses en la guerra de Treinta años, donde sucedian á los suecos, á quienes la muerte de Gustavo Adolfo habia privado de hacer la primera figura. Naturalmente junto á la frontera del Rin y de los Países Bajos encontraron los generales franceses á los generales de Austria y de España, separados recientemente, bien que siempre aliados. A sitios que llevar á remate ó de que distraer se redujo la guerra toda. Vauban tomó de manos de los holandeses el arte de los sitios, y elevó á una perfeccion no superada todavía ni en nuestro siglo. Sin embargo, el arte militar permanecia encadenado en torno de las plazas, cuando un príncipe todavía mozo, dotado de sagaz talento, de impetuoso brio, amante de la gloria, á quien Dios habia hecho tan confiado como Alejandro, y á